

impulsiva interior. El horror que tiene Selgas á lo hinchado y á lo pretencioso, le ha hecho adoptar maneras familiares y ligeras, que el plagio ha cogido al vuelo, creyendo coger su estilo; pero el estilo es el hombre, y Selgas continúa siendo exclusivo dueño del suyo. Aunque para hablar se mete á veces las manos en los bolsillos ó lia sonriéndose un cigarrillo de papel, lo que dice es siempre agudo, original, y no pocas veces profundo. Su frase retzona juega con las cosas serias, pero no para prostituirlas y alterarlas, sino para hacer brotar de ellas chispas de luz.

En el libro que tenemos á la vista hay capítulos que no dudamos en calificar de admirables. Conocíamos algunos de ellos, que han obtenido las primicias de la publicidad en *El Siglo Futuro*; pero al volverlos á leer hemos sentido como remordimiento de no haberlos apreciado en la primera lectura en todo su valor. El gran mundo y la ciencia moderna son dos estudios que por el fondo y por la forma deben ocupar un lugar preferente entre las producciones del autor. El estilo es conciso, disertado, convencido é impregnado de un tinte de irónica melancolía que deleita y entristece á la vez. Parece imposible que el ingenio que desflora con tanta gracia todas las futilidades sociales, posea al mismo tiempo la mirada incisiva y penetrante con que pone al descubierto los errores y los vicios esenciales de la vida contemporánea. En estas páginas llenas de vida, parece que se ve luchar la agudeza ingénita y original de su entendimiento con la grave y trascendental seriedad del asunto: el chiste es contenido, la sonrisa triste, y las puntas epigramáticas salen mojadas con lágrimas. En algunos momentos se le ve vencido y sofocado por la emoción, como cuando después de haber sondeado los espantosos delirios de la moderna filosofía, prorrumpe en estas frases desconsoladas:

«Aquí me detengo absorto, oprimido por el peso de una impresión dolorosa; siento mi razón llena de angustia, de una angustia indecible, y puedo asegurar que me duele el alma.»

Antes de examinar en otro capítulo las investigaciones y descubrimientos de la nueva ciencia acerca del alma humana, se detiene para cobrar fuerzas, y exclama desalentado:

«Esta tarea me causa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma embargado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.»

«¡Justicia divina!—dice en otro lugar con viril elocuencia—¡con qué claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!»

«Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.»

Hemos copiado á designio estas frases, que ponen de manifiesto el tono general y el orden de ideas del nuevo libro de Selgas, y que marcan una etapa importante en el curso de su vida intelectual. Podrán los pedantes que hoy se engalanan con el título